

# El último discurso

Silvia Gamo

El Presidente se recostó en su sillón de cuero azul. Eran las cinco de la tarde. Dio una calada a su cigarrillo, mientras miraba por la ventana. “Por la mañana ya todo habrá acabado”, pensó. Muy pocos sabían que en menos de 24 horas presentaría su dimisión. Lo haría en el Congreso de los Diputados, en el transcurso del Debate sobre el estado de la Nación.

Sus asesores le habían escrito un discurso convencional, alabando sus aciertos políticos y disculpando, entre sílabas y sílabas, sus errores. Apenas hizo correcciones en el texto. Sus esfuerzos en esta última tarde en la Presidencia del Gobierno se centrarían en escribir un nuevo discurso, un discurso sincero, su último gran discurso. Se dirigiría a todos los Diputados y a todos los españoles, como nunca antes lo había podido hacer. La muerte, qué ironía, le daba una última gran oportunidad.

Nada de grandes cifras, nada de enunciados vacíos. Quería que, por una vez, las palabras cobraran verdadero significado, expresaran lo que llevaba años pensando en realidad. No tenía nada que perder. Ya no había nadie a quien contentar.

Le habían detectado su enfermedad apenas un año antes. Un cáncer terminal. Al principio, se negó a aceptarlo. Después, quiso combatirlo. Finalmente, aceptó la derrota. Quería retirarse con dignidad, con la cabeza alta, no quería dar lástima. “Es mejor que me odien, que me teman o que me insulten, incluso que piensen que trato de sacar rédito electoral a mi enfermedad, a que piensen que soy un cobarde que no quiere dar la cara”, pensaba. Pero sobre todo, quería retirarse dándole un sentido. Estos meses de enfermedad le habían dado mucho en que pensar. Había reflexionado sobre la vida, su sentido, su finalidad, si es que la tenía, en todo lo que hubiera hecho si hubiera sabido que a los cincuenta y nueve años todo se iba a acabar.

Su jefe de gabinete, Fernando Saavedra, llamaba a la puerta, interrumpiendo así sus pensamientos:

“Presidente, ¿necesitas algo más?”, dijo Saavedra.

“No. Márchate a casa con tu familia, pero no te acostumbres, ¿eh?-, le respondió irónico, como siempre.

Saavedra le enseñó su media sonrisa y cerró la puerta. Sabía que algo raro le rondaba al Presidente en la cabeza, pero no acababa de adivinarlo.

Se dirigió Saavedra con paso decidido a su despacho mientras pensaba que mañana tendrían que ganar por goleada al principal partido de la oposición, en el Debate sobre el estado de la Nación. Necesitaban esa victoria. El Gobierno dependía de un buen golpe y de un baño de masas del Presidente para recuperar un apoyo popular que estaba bajo mínimos.

Saavedra sabía además por un amigo que aún conservaba en la oposición, que ésta preparaba un ataque furibundo. El Gobierno estaba pasando por su peor momento y el rival no iba a dejar pasar la oportunidad para intentar darle el jaque mate.

Sin embargo, Saavedra confiaba-y mucho-en el Presidente. Tenía mejor dialéctica, más capacidad de reacción y, sobre todo, un arma infalible: toda la información. Este pensamiento le tranquilizó. Repasó todos los papeles que necesitaba para el debate del día siguiente, los ordenó y los metió en el maletín. Apagó las luces del despacho y salió caminando con un aire de satisfacción, el que siempre tenía cuando había acabado el trabajo.

Mientras, el Presidente cogió una docena de folios y su pluma. Se la habían regalado sus hijos cuando ganó las elecciones por segunda vez. Tenía una inscripción: “Recuerda que eres mortal”. Una frase que en estos momentos se le antojaba una premonición. Sin embargo, David y Esther, le habían hecho grabar esa frase en la estilográfica para recordarle que no debía cambiar, que debía mantenerse firme en sus ideales y convicciones, que más allá de un Presidente, siempre sería un hombre y para ellos, por

encima de todo, un buen padre. Aficionados a las películas de romanos, la frase la habían aprendido de aquellos generales que victoriosos en el frente, regresaban a la capital del imperio para ser aclamados por el pueblo. En su desfile por las calles romanas, vitoreados por miles de seguidores, siempre se hacían acompañar de un esclavo que les recordaba su naturaleza y su destino: eres mortal y vas a morir.

“Recuerda que eres mortal”, leyó en voz alta el Presidente, y sonrió amargamente.

Ni siquiera para un hombre poderoso es fácil aceptar que llega el final. Tras un largo suspiro se dispuso a escribir. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía liberado. De alguna manera, libre e independiente para hacer o decir todo aquello que pensaba. Había empezado en su cabeza muchas veces este discurso. Se había imaginado cómo sería, qué diría, cómo relataría la herencia que les iba a dejar. Sin embargo, hoy, un día antes de pronunciarlo, sabía que en su último discurso no hablaría de grandes políticas. De eso, ya había hablado durante varios años. Con este sentimiento, comenzó a escribir.

-“Señorías, comparezco ante ustedes una vez más para...”

-“¡No, no, así no!”, pensó y tachó la frase. “Tiene que ser más directo, más cercano, háblales como les hablarías a tus hijos, tienes que tratar de decirles en dos horas, lo que no les vas a poder decir nunca más. Con firmeza, con suavidad, sin dramatismo, pero con grandeza”, reflexionó el Presidente.

Durante muchos años había escrito sus propios discursos, hasta que tuvo la importancia política suficiente como para que se los escribieran. Después se limitaba a leerlos y apenas hacía cambios. Todo se había vuelto estándar, políticamente correcto, un guión establecido. Pero esta vez era diferente. Estaba ante su último gran discurso en el Congreso de los Diputados. El Presidente sentía por el Congreso y el Senado, una especial debilidad. De todas sus funciones, hablar ante las Cortes era la que más le gustaba y la que aún hoy, después de tantos años, le seguía emocionando.

“Empecemos de nuevo. Suaviter et fortiter”, se dijo a sí mismo.

“Señorías, hoy no vengo a hablarles de lo bueno que es este Gobierno, ni tampoco de lo mala que es la oposición. Comparezco ante ustedes por última vez en mi vida, les presento hoy y aquí, en la casa soberana del pueblo español, mi dimisión irrevocable. Una dimisión que entristecerá a algunos, alegrará a otros y sorprenderá a casi todos. Una decisión, sin embargo, para la que no hay vuelta atrás. Hace seis meses me diagnosticaron un cáncer. Primero, me lo negué a mi mismo. En las siguientes semanas, me armé de valor y fuerza y decidí combatir la enfermedad. Me dije: “Si he podido con el líder de la oposición en dos ocasiones, ¿cómo no voy a vencer al cáncer?”, un comentario que produjo risas amargas en el hemiciclo-. “Pero ya ven, hoy les vengo a decir adiós, porque la enfermedad me ha vencido y mi tiempo se acaba. Pensé en renunciar a favor de mi Vicepresidente, sin mayor repercusión pública. Sin embargo, creo que ustedes y este país se merecen algo más de valentía y arrojo por mi parte. Quería que lo escucharan con mi voz, con mis palabras.

A la muerte, Señorías, hay que enfrentarse de frente, incluso cuando sabes que ella va a ganar la batalla. No hay manera buena de decir adiós, pero trataré de irme con dignidad. He estado pensando en este discurso muchas horas, tardes, semanas. Tras renunciar a los grandes mensajes, he llegado a la conclusión de que sólo puedo legarles, si me lo permiten, tres pequeños consejos.

El primero es que no abandonen nunca sus sueños. Esa y no otra, es la esencia de todo buen político. Es una de las pocas cosas que he aprendido en esta vida.

Cuando tenía 15 años fui elegido delegado de mi clase. Ya por entonces, se me daba bien mandar. Tenía don de gentes y me apasionaba convencer al resto de compañeros de la escuela, con cierto verbo que heredé de mi abuelo. En aquel entonces, lo hacía por diversión y por una idea que hoy me parece loca e ingenua o quizá no lo sea tanto:

quería cambiar el mundo. Y en ese entonces, el mundo era mi escuela. Como delegado no lo hice mal. Conseguí una hora los viernes para jugar al fútbol, conseguí que proyectaran películas en el colegio, conseguí incluso que María se hiciera mi novia y después, mi mujer. Mi padre no entendió nunca este comportamiento. Pensaba que no iba a llegar a ningún lado, que estaba descuidando mis estudios y que debía abandonar. Él quería que yo fuese un gran cirujano. Y se empeñó a fondo para que yo consiguiera ese propósito. Tres años más tarde, agobiado por la presión familiar, aparqué mis fantasías de liderazgo y me concentré en la selectividad. Nunca fui muy buen estudiante y, por supuesto, mis notas no fueron lo suficientemente buenas para estudiar medicina, lo que en mi familia generó una gran crisis. Mi padre estuvo varios meses sin hablarme. ¿Qué hacer con el niño? Las posibilidades, debido a mi apurada nota final, eran escasas. Lo cierto es que a mí me daba igual. Yo siempre quise hacer Historia y esta carrera sí que estaba a mi alcance. Por supuesto mi padre, un hombre duro y hecho a sí mismo, no quería oír hablar del tema y me obligó a matricularme en Derecho. Como era previsible, mi experiencia universitaria fue corta. Me interesaban escasas asignaturas y no se me daba bien escuchar. Sin embargo, mi espíritu inconformista y luchador no había muerto. Así que durante el tiempo que no dediqué a ir a clase, me hice miembro de una asociación de estudiantes, donde conocí a muchos compañeros que están hoy sentados en estos escaños. Unos compañeros de los que aprendí y, a los que debo, en gran parte, ser lo que he llegado a ser.

Esa época fue una de las de mayor aprendizaje de mi vida. Si no hubiera hecho Derecho, probablemente nunca hubiera desarrollado mi faceta política. Así que, padre, gracias, a pesar de todo.

Mi segundo consejo es que amen por encima de todo lo que hacen. Han elegido la mejor y más bella profesión del mundo. La única que tiene capacidad real para transformar la sociedad, la única que puede redimirles, la única que puede hacerles ser mejores personas.

Cuando en la universidad no conseguí aprobar el primer curso, mi padre se desesperó. “No te pagaré ni una matrícula más”, me advirtió y me echó de casa. Fue entonces cuando empecé a trabajar vendiendo seguros por las tardes y limpiando bibliotecas por las noches. Fue una época dura: despreciado por la familia, sin dinero y con apenas tiempo para dedicarme a lo que más me gustaba: la asociación política en la que colaboraba. Sin embargo, vender seguros me dio la oportunidad de conocer a mucha gente. La oportunidad de escucharles, de comprenderles, de entender sus problemas, que, por otra parte, no eran muy distintos a los míos. La oportunidad de aprender que todos los seres humanos, independientemente de nuestra ideología, de nuestra manera de pensar, de actuar, no somos tan diferentes. Estamos unidos por nuestros miedos y nuestras ilusiones. Así que resulta que lo que más odiaba en este mundo, vender seguros, se convirtió en una de las cosas que más me ha ayudado en mi vida política y también en mi labor como Presidente del Gobierno.

Tampoco limpiar bibliotecas es lo que uno sueña de niño. Visitarlas, ligar en ellas, incluso estudiar en ellas, quizá sí, pero no limpiarlas. En cambio, hacerlo me enseñó disciplina y me ayudó a estar en contacto con los libros. Libros de los que ni siquiera había oído hablar nunca antes. Autores contemporáneos, clásicos, desconocidos, páginas escritas llenas de ideas, de sueños, que yo, entre una y tres de la madrugada devoraba, mientras una fregona y un cubo me hacían compañía. De esas páginas saqué las ideas y la fuerza para acabar, después de muchos años de vender seguros, la carrera

de Derecho. Y más adelante, la fuerza para dar el paso de una mera asociación de estudiantes a un partido político. Un partido del que muchos años después sería líder.

Mi tercer consejo es un viejo consejo, y quizás por eso el más importante. “Carpe diem”, Señores Diputados, aprovechen el tiempo, no lo malgasten. El tiempo del que disponemos es demasiado breve y ¡pasa tan rápido! Si no les gusta lo que hacen, si no están convencidos, si sienten que su trabajo es una oficina en la que fichar y cumplir, es hora de dejarlo. Si se levantan cada mañana y, mirándose al espejo no saben lo que están haciendo, es hora de dejarlo. Si trabajan sólo para su beneficio personal, es hora de dejarlo.

Pero si, por el contrario, todavía son capaces de sentir emoción cuando defienden un debate, o pasión cuando se enfrentan a una idea contraria a las suyas, sigan adelante. Quizá sólo necesitan inspiración. Les diré que contra eso hay un antídoto muy simple: salgan a la calle, monten en metro o en autobús, vayan al mercado, al atasco, a la fábrica. Ahí fuera hay gente que les necesita, que necesita creer en ustedes, que quiere volver a hacerlo y no encuentra una señal. Dénsela, enséñenles que aún no está todo perdido, que ustedes están aquí por algo más que poder y notoriedad.

Si como les digo, en el fondo de ustedes aún hay emoción, no está todo perdido. Entréguense a esta profesión, la más bella del mundo. Entréguense al 100%, no saben cuánto van a estar aquí. Merece la pena, este país merece mucho la pena. Su gente es buena, sólo necesita un poco de fe, no podemos seguir defraudándoles. España es un gran país, capaz de levantarse, de reinventarse a sí mismo. Aquí cabemos todos, los diferentes también, tenemos que ser capaces de mostrarles que les queremos tal y como son, que no tenemos miedo al que piensa distinto, que es desconocimiento lo que muchas veces nos hace mirar con recelo al otro.



Estemos a la altura de este país, esta clase política tiene que indicar el camino, somos sus líderes, ¡no nos comportemos como si sus problemas no fueran con nosotros! Formamos parte de su solución.

Esto que les digo hoy, es lo que les diría ese niño de quince años que quería ser el líder de su clase en la escuela. Ese niño de quince años se enfrenta hoy a la muerte y les está hablando aquí. Con el tiempo, los ideales de ese joven, sus aspiraciones por cambiar el mundo, por transformarlo, pasaron a ser convicciones firmes. Amaba entonces y aún amo hoy, lo que hago.

Muchas veces durante todos estos años en la Presidencia del Gobierno he perdido el sentido de lo que hacía. Me he olvidado de todo lo que me trajo hasta aquí, de mis deseos de cambiar el mundo. Confieso que me he dejado llevar por el poder, por los titulares, por los intereses de mi partido. En este difícil equilibrio que es la política, puse la balanza del lado opuesto al pueblo al que representamos. Por eso he querido contarles hoy esta historia. Mi historia.

Mi tiempo se acaba, pero no el de ustedes. Ustedes aún están a tiempo de poner en valor lo que son: diputados, parlamentarios, representantes de los ciudadanos, los que deciden las cosas importantes, los que pueden hacer más feliz la vida de millones de españoles. Ustedes aún están a tiempo de recuperar el valor de la política, de ganarse la admiración de un pueblo que hoy nos mira con recelo, están a tiempo de volver a llenar de dignidad esta profesión. Si no la aman, como la amo yo, déjenlo. La vida es muy corta para estar perdiendo el tiempo. Y esta profesión no se puede permitirse más esperas. Pero si quieren este trabajo, si les gusta, si sienten en lo más profundo de ustedes esa necesidad de cambiar las cosas, la necesidad de hacer justicia, la necesidad de dar respuestas, empléense a fondo. No se dejen llevar.

A lo largo de estos años ¿cuántas veces nos hemos encontrado con los que están de vuelta de todo, cuando nunca han ido a ningún sitio?, ¿cuántas veces hemos escuchado a los cínicos e interesados, y hemos dejado de escuchar a los ingenuos?

Señorías, no se dejen llevar por los cínicos, como decía Kapuscinski, refiriéndose al oficio periodístico. Ellos tampoco sirven para este oficio. Señorías, para lo que queda de ese niño de quince años que vive hoy en mí, no hay marcha atrás. Llegó mi hora, pero no la de ustedes. Sientan, vivan, créanselo, porque si no lo hacen, habrán perdido la única oportunidad que tienen, la oportunidad de escribir la historia con letras mayúsculas, la oportunidad de cambiar el mundo. Éste es mi legado”.

El Presidente puso punto y final a su discurso. Apenas había hecho dos tachones a lo largo de sus diez folios. Lo releyó y se reafirmó en todas y cada una de sus palabras. Por primera vez en muchos años sentía vértigo. Nadie se lo había leído, a nadie se lo iba a enseñar. Miró el reloj. Eran ya las nueve de la noche. Tapó la pluma y la dejó encima de los folios manuscritos.

A los pocos segundos, María entró en el despacho.

-“Vamos Presidente. Es hora de cenar”, dijo

-“Sí, ya es hora”, contestó.

Ambos se dirigieron al comedor. Los niños no cenarían en casa. Durante la cena, el Presidente miró a los ojos a su mujer y le dijo:

-“Mañana necesito que estés en el Debate. ¿Vendrás?”

María le miró fijamente a los ojos y contestó:

-“Por supuesto. Siempre estaré”.

No hizo falta que le dijera nada más. Ambos sabían lo que sucedería al día siguiente.

A la siete de la mañana sonó el despertador. El Presidente tenía la sensación de que ése era el último día de su vida. En cierto modo, lo era.

Traje azul y corbata roja.

El coche y los guardaespaldas le esperaban en la puerta.

De camino al Congreso de los Diputados, sintió la necesidad de dirigirse a su personal:

-“Quiero darles las gracias por haber estado a mi lado todos estos años, por haberme aguantado. También quiero pedirles perdón por no haber estado a la altura en muchas ocasiones”

Los dos guardaespaldas y el conductor le miraron asombrados. No sabían muy bien a qué venía eso. Uno de ellos se animó a contestar.

-“Gracias señor, pero no hay por qué”, afirmó

-“Sí, sí lo hay. Quiero pedirlos algo. Por encima de todo, no perdáis la fe. En lo que vosotros creáis. Fe en un Dios, en las personas, en vosotros mismos... pero no dejéis de creer, es lo único que podrá haceros levantar cada mañana”, sentenció el Presidente.

Nadie pronunció ni una sola palabra más durante el viaje.

A las nueve en punto de ese martes de mayo comenzaba la sesión. Los diputados sonreían y departían, ajenos a lo que en pocos minutos estaba a punto de ocurrir.

El Presidente los miraba con curiosidad, como sólo sabe mirar el dueño de un secreto que está a punto de cambiar las vidas del resto.

-“Señorías, silencio por favor. Señor Presidente del Senado, Señorías. Pasamos a examinar el único punto del orden del día de esta sesión. Comunicación del Gobierno para el Debate de política general sobre el estado de la Nación. El Presidente del Gobierno tiene la palabra”, dijo el Presidente del Congreso, a lo que siguió un aplauso de la Cámara.

El Presidente se levantó con calma. En una mano llevaba su carpeta con el discurso oficial. En el bolsillo de su traje, sus folios manuscritos con la pluma de sus hijos. Se tocó con la mano izquierda el bolsillo para cerciorarse de que allí estaban, y tomó posesión de la tribuna de oradores. Miró al frente, en la tribuna de invitados vio a María, estaba sentada, en calma. Después, recorrió con la mirada ese hemiciclo que hoy estaba pisando por por última vez. Trataba de armarse de valor. Aún dudaba, quizá sería mejor anunciar su retirada, tras una deliberación del Consejo de Ministros y no hacerlo con luz y taquígrafos.

“Señor Presidente, señores y señoras diputados”, dijo y abrió su carpeta oficial-“España ha alcanzado en las últimas décadas un progreso económico y social sin precedentes. Estamos mejor que hace un año. Gracias a las políticas de este Gobierno, más de cinco millones de familias españolas se han podido acoger a la ley de...”. De repente, el Presidente enmudeció. Interrumpió abruptamente sus palabras. Ya no creía en lo que estaba diciendo. Miró al frente. De nuevo su mujer le sostenía con la mirada. El hemiciclo quedó en silencio. Repasó una a una todas las filas, todos los escaños, miró a los ojos a cada uno de sus compañeros.

Mientras detrás de él, atónito, el Presidente del Congreso le susurraba:

-“¿Presidente, Presidente, está bien?, ¿Interrumpo la sesión?”

Tras un interminable minuto, el Presidente, contestó:

-“Sí, sí, estoy bien”. Cerró la carpeta con su discurso oficial y sacó los papeles manuscritos de su bolsillo, ante el murmullo de incredulidad del hemiciclo.

El Presidente cansado, parpadeó lentamente unos segundos, se apoyó con las dos manos en la tribuna, y con voz firme y emocionada, comenzó su último discurso:

“Señorías. Hoy no vengo a hablarles de lo bueno que es este Gobierno, ni tampoco de lo mala que es la oposición. Comparezco ante ustedes por última vez en mi vida, les

presento hoy y aquí, en la casa soberana del pueblo español, mi dimisión irrevocable. Una dimisión que entristecerá a algunos, alegrará a otros y sorprenderá a todos. Una decisión, sin embargo, para la que no hay vuelta atrás...”

FIN.